

## LAS POSIBILIDADES DEL SER

Es y no es.

Todo es así en este mundo. En especial si se lo mira desde este lado de la cancha de bochas, donde todos esperan el veredicto de Sharry.

Es mediodía y desde hace unas horas están dirimiendo el futuro y la suerte en un partido de bochas. El calor del verano cede poco a poco con los primeros vientos que anticipan el otoño, pero esta mañana hay un sol suave que se filtra entre los árboles y calienta las cabezas calvas de los jugadores.

Todo comenzó a la mañana temprano.

Los más fervientes fueron a la misa de siete.

Los otros se repartieron los últimos detalles para el festejo.

Los Doyle emparejaron, regaron y alisaron la cancha de bochas. Unos días antes habían pintado los tabloncitos de la cancha con pintura a la cal, poniendo a cada uno los colores de las banderas de Irlanda y de Argentina.

Lo mismo habían hecho con las parrillas, de manera que lucieran brillantes contra el blanco de los tapiales.

Mientras los Doyle se ocupaban de la cancha de bochas, Andrés y Claudio iniciaban el fuego para un asado que debía dar de comer a todos los asistentes, como correspondía a un festejo digno del día de San Patricio.

Las mujeres llegaban cuando el asado estaba casi listo, o después, para sumarse al almuerzo y escuchar los discursos.

Los varones, en cambio, estaban desde media mañana participando del campeonato de bochas, algunos como protagonistas, otros como espectadores.

Para amenizar esos partidos se abría la primera damajuana de vino clarete refrescado en agua y hielo dentro de unos tambores prolijamente pintados con los colores de las dos patrias celebrantes.

Con las primeras jugadas y los primeros tragos, llegaban los primeros debates. Los irlandeses son una raza, según dice el cartel hecho en cemento, para la eternidad, en el frente del club que los reúne en Junín. Pero entonces, ¿los irlandeses son británicos, como sus vecinos los ingleses que son siempre, acá y allá, sus patrones?

No pasarían de ser filosóficas discusiones de borrachos si no fuera porque se está discutiendo el tema de los ferrocarriles que fueron estatizados por el gobierno. Todas las líneas de ferrocarril eran de propietarios ingleses y todos, o casi todos, los que estaban jugando a las bochas eran obreros o empleados ferroviarios.

Andrés y Claudio eran obreros, aunque ellos no usaban ese término para definirse. Preferían el término técnico: Andrés era conductor; Claudio, foguista.

Mirado de esa forma, ellos le debían mucho a los ferrocarriles: les debían el tener un oficio, un ingreso estable y ser bien considerados en el barrio. Si se lo miraba del otro lado, ellos le dieron a los ferrocarriles su fuerza, su capacidad de hacer cosas y muchas horas. Pero los ferrocarriles estaban ahora en manos del Estado, tenían nombre de presidentes, casi todos militares o abogados que trabajaron de militares, y a los obreros y empleados les pagaban un buen sueldo y les daban protección de salud.

¿Eran algo distinto de aquellos que construyeron ferrocarriles, estaciones de trenes, talleres ferroviarios?

¿Acaso no habían sido también ellos parte de esa construcción?

Los irlandeses son como los norteamericanos, por eso ahora algunos hijos de irlandeses trabajan en empresas norteamericanas, no solo inglesas.

Al revés, los norteamericanos son como los irlandeses, pero expandidos por la geografía de América del Norte.

¿Cuál es, entonces, el auténtico irlandés? ¿El que canta God save Ireland y lucha en España con los republicanos y grita contra los ingleses sanguinarios?

¿O el que pelea contra los nazis y los fascistas en el ejército imperial?

Para las doce, con dos partidos de bocha terminados, con tercer partido a punto de resolverse en una final de imposible pronóstico, con sendas vueltas de vino clarete ya servidas y terminadas, cuando era imperioso encontrar un final deco

roso para el partido y el debate encendido, uno recordó que su hijo, que lee mucho y sabe de literatura, le habló de Leopold Bloom.

—Es un irlandés que es judío. ¿Puede ser irlandés si es judío?

—Bueno, vive en Dublín, es irlandés pero no es católico. No es católico ni es protestante: es judío.

—Es como decir que un negro puede ser irlandés —dijo el Negro Meehan, con apellido irlandés y abuelos mapuches, y se cagó de risa.

—Bueno, es así. El tipo se levanta a la mañana y se come unos riñoncitos de cordero freídos en

Es lo que recuerda de lo que su hijo le contó de la vida de ese Leopold Bloom.

—Habrá que comer riñoncitos a la manteca, para ser irlandés.

—Sí. Y hay que tomar cerveza en vez de vino clarete.

—El tipo se pasa el día caminando por Dublín.

—Dublín debe ser más grande que Junín. Aunque quién sabe, si la recorre en un día.

—El tipo tiene un hijo que ha muerto y una hija que se fue, además de una esposa que lo engaña.

Entonces, solo falta una jugada para definir la contienda.

Cada equipo había ganado un partido, y lo resolvían ahora en un desempate que prometía dejar rencores duraderos.

Leonard, que jugaba en el equipo con Mc Loughlin y Denham, tenía que definir con un difícil bochazo contra el equipo que armaron Bill Kelly, Basso, el más colorado de todos los presentes, y Kiernan.

Al borde de la cancha se había congregado mucho público. Ahí estaban Dan Rush y su esposa Mary Mc Cormick, que rechazaron con un gesto amable y severo el ofrecimiento de un vaso de vino que les hizo Pancho Griffin; los Higgins que habían viajado de Rawson y Francisco Sharry, que había sido muy cuidadoso de no dar opiniones categóricas durante la mañana, además del cura que siempre acompañaba a esta comunidad religiosa y celebrante.

La bocha debía caer en el medio de un palmo de distancia que había entre el bochín y una rayada que había puesto Bill Kelly.

Si la bocha llegaba a caer entre el bochín y la rayada que colocó Kelly, le dijo Mc Loughlin a Leonard, el partido era de ellos.

Si no, había que esperar hasta el 25 de mayo, la próxima fecha que convocaría a los irlandeses de ley en otro de esos asados de rompe y raja que hacían Andrés y Claudio, para resolver el diferendo.

En cambio, el tema candente parecía ser el carácter de los irlandeses, su personalidad diferenciada de los ingleses y los norteamericanos.

Era obligada una conclusión.

Kiernan lo encaró a Sharry y le exigió una respuesta.

¿El irlandés es revolucionario o es un acomodaticio burgués?

¿El irlandés es británico o es una raza aparte?

¿Los irlandeses son una raza?

El cura, que venía de dar las misas y esperaba el comienzo del asado con unción religiosa, miró a Sharry para pedir una pronta respuesta, no fuera a enfriarse la comida.

De manera que para eso está Sharry: para decir cómo son las cosas, en caso de que lo sean, o negarles el ser, si no son.

Definir si una bocha es o no ganadora es una cosa. Otra cosa es decir si un irlandés, por serlo, debe considerarse británico. O si, por ser irlandés, debe oponerse a todo lo que sea británico.

—Es y no es —dijo Sharry cuando la bocha estaba en el aire, y entonces nadie prestó atención al bochazo.

Estuvieron los que dijeron que quedó lejos de la rayada que había puesto Kelly, y los que dijeron que la había desplazado; pero ya nada pareció tan importante como esa definición de lo irlandés, que marcó a los jóvenes y a los niños presentes, volvió banal el dilema de Shakespeare y trascendió en la cultura de las siguientes generaciones.